

PRIMITIVISMO VERSUS JAPONISMO

El pueblo Ainu frente al moderno Japón

V. David ALMAZÁN TOMÁS¹
Universidad de Zaragoza

UN REDUCTO PRIMITIVISTA EN EL ADMIRADO JAPÓN MEIJI (1868-1912)

En la segunda mitad del siglo XIX, el remoto Cipango dejó de ser una nación aislada de samuráis y comenzó a ser un estado moderno tal y como conocemos hoy, gracias al proceso de apertura iniciado por el emperador Meiji² (1868-1912). Como se decía en el lenguaje de la época, Japón entraba en la senda de la civilización. En apenas una generación, un país feudal se convirtió en una potencia de primera magnitud, con un modernizado ejército capaz de derrotar no sólo al Celeste Imperio (en la Guerra Sino-Japonesa de 1894-95), sino también a naciones occidentales, como Rusia (en la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-05), desafiando así la supremacía de la raza blanca, eje vertebrador ideológico de las políticas colonialistas decimonónicas. Además, de su modernización y occidentalización, la apertura de Japón a Occidente permitió un proceso de seducción por el refinamiento de su cultura y su arte, que generó una influyente corriente, fenómeno que denominamos *Japonismo*.³ Esta influencia cultural tuvo como agentes

-
1. Departamento de Historia del Arte, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza. almazan@unizar.es
 2. Como introducción histórica al Japón de la era Meiji y el Japón moderno, véase: W.G. Beasley, *The Meiji Restoration*, Stanford, Stanford University Press, 1972; W.G. Beasley, *The Modern History of Japan*, Londres, St. Martin's, 1981.; W.G. Beasley, *Historia contemporánea de Japón*, Madrid, Alianza Editorial, 1995; John Whitney Hall, *El Imperio Japonés*, Madrid, Siglo XXI, 1987; Mikiso Hane, *Breve Historia de Japón*, Alianza Madrid, Editorial, 2000 y John Whitney Hall, *El imperio japonés*, Historia Universal. Siglo XXI, Madrid, ediciones Castilla, 1970.
 3. Sobre el fenómeno del Japonismo en España véanse nuestros trabajos: V. David Almazán Tomás, *Japón y el japonismo en las revistas españolas ilustradas (1870-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001 (edición en microficha); y «La seducción de oriente: de la *Chinoiserie* al *Japonismo*», *Artigrama*, nº 18, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 2004, pp. 83-106, así como Sue-Hee Kim Lee: *La presencia del Arte de Extremo-Oriente en España a fines del siglo XIX y principios del siglo XX*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1988. Para una selección bibliografía básica sobre el *Japonismo* remito al lector a las siguientes obras de referencia: *Dialogue in Art. Japan and the West*, Nueva York, Kodansha Internacional, 1976; Klaus

a algunos contactos directos, como viajes, exposiciones internacionales o el desarrollo de un coleccionismo artístico, pero en gran parte se produjo de manera indirecta a través de libros y revistas ilustradas. En esta mirada, en la que se entrecruza la sorpresa del vertiginoso proceso de modernización y el encantador exotismo de su valorada tradición cultural, encontramos un tema que frecuentemente aparece en las publicaciones y reportajes sobre Japón, pero desde una perspectiva bien diferente, alejada del repertorio del *Japonismo*. Este tema, es el pueblo ainu, cuya cultura fue infravalorada como testimonio extremo de primitivismo, al margen de la mencionada fascinación general que producía todo lo japonés.

Ainu, que literalmente significa simplemente *hombre* o *humano*, es la autodenominación de los antiguos pobladores de Japón anteriores a la civilización nipona. Los ainus,⁴ que comparten el incierto destino de las culturas tradicionales minoritarias en países desarrollados, son todavía hoy un pueblo misterioso confinado a las regiones norteñas del archipiélago.⁵ No es extraño que a finales del s. XIX y principios del s. XX, los occidentales, deseosos de conocer todas las etnias y rincones inexplorados del mundo, se interesaran por ellos, con curiosidad e interés por el gran contraste que presentaban respecto al pujante Imperio del Sol Naciente.⁶ En este artículo pretendemos esbozar la imagen que se difundió en

Berger, *Japonisme in Western Painting from Whistler to Matisse*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; Michel Sullivan, *The Meeting of Eastern and Western Arts*. Los Ángeles, University of California Press, 1989 y, fundamentalmente, Siegfried Wichmann, *Japonisme: The Japanese influence on Western art since 1859*, Londres, Thames and Hudson, 1981.

4. En ocasiones al escribir en español sobre el pueblo ainu, se ha empleado para el género masculino la palabra «aino» y en plural «ainos». No obstante, en nuestro caso, empleamos, por fidelidad, «ainu» y, en el plural «ainus», si bien en las citas respetamos siempre la terminología empleada.
5. Sobre el pueblo ainu y su cultura, véanse las siguientes monografías, catálogos de exposiciones y repertorios bibliográficos: W. Fitzhugh, y C.O. Dubreuil, *Ainu: spirit of a northern people*, Smithsonian Institution, D.C. Washington, 1999; I. Hilger, *Together with the Ainu*, 1971; Mark Hudson, *Ruins of Identity: Ethnogenesis in the Japanese Islands*, Honolulu, University of Hawai'i Press, 1999; Irimoto Takashi, *Ainu Bibliography*, Sapporo, Hokkaido University, 1992; Kayano Shigeru: *Our Land Was A Forest: An Ainu Memoir*, 1994; J. Kreiner, (ed.): *European studies on Ainu language and culture*, Monographien aus dem Deutschen Institut für Japanstudien der Philipp-Franz-von-Siebold-Stiftung, Band 6 (Munich, Iudicium, 1993); Kindaiti Kyosuke, *Ainu life and legends*, Board of Tourist Industry, Tokio, 1941; A. Majewicz, *An Ainu-English index-dictionary to B. Pilsudski's "Materials for the study of the Ainu language and folklore of 1912"*, Poznam, 1986; N. G. Munro, *Ainu Creed and Cult*, Columbia Nueva York, University Press, 1963; Richard Siddle, *Race, Resistance and the Ainu of Japan*, Londres, Routledge, 1996; Brett Walker, *The Conquest of Ainu Lands: Ecology and Culture in Japanese Expansion, 1590-1800*, Berkeley, University of California Press, 2001.
6. Las publicaciones más importantes sobre los ainu, que ya son presentados como un pueblo en extinción en el periodo Meiji (1868-1912), se corresponden fundamentalmente a

Occidente, y especialmente en España, del atávico pueblo ainu. En la actualidad participamos en una sociedad que tiene entre sus ideales el respeto a las minorías culturales y étnicas, pero en el siglo XIX y comienzos del siglo XX, la ideología imperialista y colonizadora de las potencias occidentales estaba impregnada de un eurocentrismo cuyos ecos aún perduran. En tanto que los ainus carecían de escritura, fueron clasificados, como no podía ser de otra forma en la mentalidad de la época, como un pueblo fuera de la historia.⁷ Asimismo, sus creencias animistas y su salvaje aspecto (siempre bajo criterios eurocentristas) los alejaban del cautivador exotismo de la sofisticada *geisha* –musa del Japonismo– y colocaban a esta minoría étnica japonesa más cerca de las cavernas de la Edad de Piedra.

Al parecer, el origen de los ainus hay que situarlo en unas migraciones desde Asia central, producidas hace 20.000 años, anteriores a las migraciones del periodo Yayoi (300 a.C-300 d.C.). Sus creencias animistas presentan rasgos comunes con el shintoísmo, la religión autóctona de Japón. Hoy sabemos con certeza que son los ascendientes de los primeros portadores de la cultura prehistórica Jomon (10.500 a.C-300 a.C.), la primera cultura cerámica del mundo, cuyos motivos ornamentales guardan relación con el repertorio decorativo de los actuales ainus. Desde que los europeos entraron en contacto con los ainus, éstos fueron clasificados por sus rasgos físicos como de raza caucásica, no obstante, desde los años sesenta este planteamiento entró en crisis, hasta el punto de que los avances científicos en el análisis del ADN mitocondrial, tan útiles en el estudio del poblamiento del planeta, han demostrado desde los años 90, gracias a los estudios de Satoshi Horai⁸ y Keiichi Omoto,⁹ dos datos fundamentales e inequívocos: su rela-

los escritos de científicos, viajeros, aventureros y misioneros: J. Batchelor, *The Ainu of Japan*, Londres, 1892.; J. Batchelor: *The Ainu and their Folk-lore*, Londres. 1901; B.H. Chamberlain, «An Aino Bear Hunt», *Transactions of the Royal Asiatic Society of Japan*, 15, 1897, pp. 126-29; B.H. Chamberlain, «The Birds' Party» and «The Hunter in Fairyland», *Aino Fairy Tales*, Tokyo, Kobunsha, 1897; Edward Greey, *The bear-worshippers of Yezo and the island of Karafuto (Saghalin), or the adventures of the Jewett family and their friend Oto Nambo*, Boston, 1884 y Isabella L. Bird, *Unbeaten tracks in Japan; an account of travels in the interior, including visits to the aborigines of Yezo and the Shrine of Nikko*, Londres, 1885; así como los artículos científicos, entre finales del XIX y mediados del siglo XX, de Bronislaw Pilsudski, J. O'Neil, D. Brauns, A.G. Morice, R. Montclavel, W.G. Aston, L. Sternberg, L. Munsterhjelm, D.H. Haas, H. Lengerken, W. Kremp, G. P. Murdock, N. G. Munro, G. Huber, W. Kirk, K. Kindaichi. Muchos de estos textos han sido recopilados en K. Reifsing, (ed.): *Early European Writing of the Ainu Language*, Curzon Press, 1996.

7. Para una revisión reciente sobre este planteamiento y un estudio de su tradición oral, véase Yolanda Muñoz González, «Tradición oral ainu. Algunos dilemas de la escritura oral», *Revista Española del Pacífico*, Madrid, año X, nº 12, 2000, pp. 59-80.
8. Horai Satoshi, et al. *Prehistoric Mongoloid Dispersal*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, pp. 270-283.
9. Omoto Keiichi, «Genetic Diversity and the Origins of the Mongoloids», en Sydney Brenner, y Hanihara Kazuro, *The origin and past of modern humans as viewed from DNA*, World Scientific Pub Co Inc, 1995, pp. 92.

ción con los antiguos jomones y la inexistencia de vínculo alguno con poblaciones europeas o caucásicas, perteneciendo a lo que en terminología genética clásica se denominaba «raza mongola».¹⁰

No obstante, el papel de los ainus en la historia japonesa es poco conocido, como afirma el historiador J.W. Hall.¹¹ Durante siglos, los japoneses tuvieron una relación de continua rivalidad con los ainus, que fueron continuamente vencidos y relegados cada vez más al norte, hasta quedar confinados en la isla de Yeso, antigua denominación de la actual Hokkaido. En las crónicas del siglo XII aparecen designados como los *emishi* o *ebisu*. A partir del siglo XV se produjeron importantes derrotas de los ainus que supusieron una significativa reducción territorial. Las pinturas medievales japonesas de estos enfrentamientos bélicos suponen las primeras fuentes gráficas sobre los ainus, que, como en las crónicas, siempre aparecieron como un pueblo bárbaro, atrasado e inferior. Durante el periodo Edo (1616-1868) su independencia fue reducida por el control de los grandes señores feudales del norte, como el clan Matsumae. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, en la era Meiji (1868-1912), Hokkaido fue administrada directamente por el gobierno nipón y los ainus fueron considerados como un estorbo en la expansión colonial y el desarrollo económico y social. En esta época, los japoneses acuñaron el término *wajin* para distinguir a la mayoría étnica japonesa, que es sumamente homogénea en el resto del archipiélago japonés. En 1899 se promulgó la «Ley de Protección de los Antiguos Aborígenes de Hokkaido», vigente hasta hace pocos años, la cual prohibía las costumbres, lengua y religión con el fin de conseguir la «niponización» de esta población.¹² A finales mediados XIX, momento en que los europeos comienzan a conocer a los ainus, estos se encontraban amenazados en medio de los intereses expansionistas de rusos y japoneses en el noreste asiático. En nuestros días el número de ainus es muy reducido, siguiendo el proceso de desintegración iniciado en el siglo XIX. En 1986, se estimaba que en Hokkaido, su principal territorio, había 24.381 pobladores ainus.¹³ En todas las crónicas, desde el siglo XIX, la estimación de su población oscila entre los 15.000 y los 20.000 habitantes.

Afortunadamente, tras una larga etapa de marginación y hostilidad, desde la II Guerra Mundial aparecieron asociaciones para la defensa de la identidad del pueblo ainu y en la actualidad hay un marco legal y organismos para preservar la cultura de los antiguos pobladores de Japón, como el museo *Ainu Mizoku Hakubutsukan*, en Hokkaido, dedicado a exposi-

10. Este dato, insistimos, no existía en la mentalidad de la época, en la cual, tanto en textos científicos como de divulgación, los ainus siempre eran presentados como de raza blanca o caucásica.

11. John Whitney Hall, *El Imperio Japonés*, Madrid, Siglo XXI, 1987, p. 14.

12. Mikiso Hane, *Breve historia del Japón*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 285.

13. *Japan. An Illustrated Encyclopedia*, Tokio, Kodansha, 1993, pp. 21.

ciones, festivales y exhibiciones de la cultura de esta minoría étnica.¹⁴ En la actualidad participamos en una sociedad que tiene entre sus ideales el respeto a las minorías culturales y étnicas, pero en la práctica, lamentablemente, estas minorías sufren una situación de discriminación, tanto en Japón como en cualquier otro lugar del mundo.

LA IMAGEN DE LOS AINUS EN ESPAÑA

Como hemos indicado, en tanto que los ainus carecían de escritura, fueron clasificados como un pueblo fuera de la historia, cuyas atávicas creencias y salvaje aspecto los alejaban del cautivador exotismo del *Japonismo* y colocaban a esta minoría étnica japonesa más cerca de las cavernas de la Edad de Piedra. En España la valoración de los ainus se ajustó a la mirada curiosa y despectiva del resto de Occidente. En este sentido, como señalamos en el título de nuestro artículo, la primitiva cultura de los ainus fue la antagonista del aprecio y admiración que sí obtuvo el Imperio del Sol Naciente por su doble rostro, uno mirando a su rica y exquisita tradición cultural y otro mirando a Occidente para asimilar un proceso de modernización que colocó a esta nación entre las grandes potencias del mundo. Otro factor importante que hemos de tener en cuenta también en esta valoración es que la mayor parte de informaciones sobre Japón que se publicaron en nuestro país en el siglo XIX y las primeras décadas del XX dependieron de otras publicaciones extranjeras por la casi ausencia de contactos directos, la inexistencia de especialistas e investigadores y la falta de corresponsalías de nuestros medios de comunicación. En este contexto, las fuentes para investigar la imagen de los ainus en nuestro país se reducen fundamentalmente a los capítulos de algunos libros generales sobre Japón y, con mayor frecuencia, a artículos de revistas ilustradas,¹⁵ abastecidas por publicaciones extranjeras. En ambos casos, tan importantes como las informaciones escritas son las imágenes, bien grabados bien fotografías.

Según nuestras investigaciones, ya se publicaron grabados de ainus en fechas correspondientes al final del periodo Edo (1615-1868). Se trata, en concreto, de una xilografía publicada por *El Museo de las Familias*¹⁶ en el

14. La dirección de este museo es 2-3-4 Wakakusa-Cho, Siraoui, Hokkaido y su página web se encuentra en <http://www.ainu-museum.or.jp>

15. Para una presentación de los artículos publicados en las revistas ilustradas españolas de fines del XIX y principios del XX, véase V. David Almazán Tomás, *Japón y el japonismo en las revistas españolas ilustradas (1870-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001, vol. II, pp. 207-215. Hemos encontrado una docena de reportajes sobre los ainus en la prensa ilustrada desde 1863 a 1923, acompañados con un total de 22 ilustraciones (grabados y fotografías), que constituyen el principal repertorio gráfico de los ainus en España, ya que no se publicó ninguna monografía específica sobre este tema.

16. «El Japón entreabierto», en *El Museo de las Familias*, nº 35, 1863, p. 273. La fecha de este artículo es sumamente temprana y anterior a la apertura Meiji de 1868, fecha a partir de la cual se multiplican las informaciones sobre Japón.

año 1863, en la cual se ven a tres ainus de las islas Kuriles vestidos con pieles, que portan unos salmones para realizar un trueque. El aspecto primitivo y barbudo de los ainus se diferenciaba del de los japoneses, aún poco conocidos pero de apariencia, sin duda, más ajustada a los de una civilización desarrollada. A partir de ese momento se publicaron otros reportajes ilustrados en revistas de información general, habitualmente muy documentados, escritos por viajeros que convivieron con los ainus; si bien hay otros textos en los que los ainus simplemente aparecían junto a otros lejanos pueblos del mundo por alguna pintoresca costumbre. Respecto a la cronología de las informaciones hemos de comentar que aparecieron de forma azarosa desde mediados del siglo XIX hasta los años veinte del siglo XX. Por otra parte, fuera de las publicaciones periódicas, los ainus fueron habituales en los libros publicados por el interés hacia el Imperio del Sol Naciente, en algunos capítulos independientes o en apartados referentes al origen de su población.

Los ainus presentaban un gran contraste respecto a sus vecinos los japoneses: diferencias físicas, pero sobre todo grandes diferencias culturales que hacían ver a los ainus como un pueblo atrasado y con un bajo nivel de civilización. Las notas comunes en los reportajes publicados fueron su sujeción, su baja cultura y su rudimentaria economía, así como algunas de sus creencias, como el culto al oso,¹⁷ y de sus costumbres, como los tatuajes en el rostro de las mujeres.¹⁸ Pero si algo destacaba de la imagen proyectada por los ainus fue su vello. Algunos titulares, como «Los ainus velludos del Japón» o «Los hombres más velludos», fueron muy elocuentes en este sentido. Así era precisamente el aspecto de los tres ainus, harapientos, envueltos en pieles, con el pelo desaliñado y largas barbas, aparecidos en *La Ilustración Artística* en julio de 1883, en una xilografía realizada a partir de una fotografía. La ilustración fue comentada en la sección «Nuestros Grabados» con el título «Tipos ainus».¹⁹ Los ainus fueron aquí considerados como un pueblo «semisalvaje», que «carecen enteramente de importancia» y «están tan atrasados que no conocen el uso de la escritura ni siquiera el de la moneda», pero que «ofrecen un carácter etnográfico particular que ha llamado con justicia la atención de viajeros y naturalistas». Junto a estos descalificativos comentarios se aportaron también datos sobre su delimitación geográfica en las islas de Yeso (Hokkaido), parte de la isla entonces rusa de Saghalien (Sajalin) y casi

17. Para una completa descripción del *iyomande*, la ceremonia del sacrificio del oso, véase Joseph Campbell, *Las máscaras de dios: Mitología primitiva*, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 380-385.

18. Sobre la percepción de la mujer ainu, remito al lector interesado a nuestra comunicación «Estudios de la imagen de la mujer ainu en época del *Japonismo*», presentada al VIII Congreso de Estudios Japoneses en España, celebrada en la Universidad de Zaragoza, noviembre-diciembre de 2005, en prensa.

19. *La Ilustración Artística*, año II, nº 79, 2 de julio de 1882, p. 211 y 216.

todas las Kuriles. La información demográfica que se facilitaba sobre su población apenas alcanzaba los 15.000 habitantes. También se comentaban algunas creencias animistas y, sobre todo, se describían sus rasgos raciales, tan distintos a la de los pueblos asiáticos circundantes, especialmente en su abundante vello, poblada cabellera y espesa barba.

A parte de los reportajes de las revistas, el lector español pudo encontrar tempranas informaciones sobre los ainus en grandes obras de geografía descriptiva, como la *Nueva Geografía Universal* de Eliseo Reclus, en su magna versión española dirigida por Martín Ferreiro²⁰ y supervisada en su tomo sobre *El Asia Oriental*²¹ por Eduardo Toda.²² En esta publicación apareció un minucioso grabado del artista francés E. Ronjat realizado a partir de una fotografía, en la que aparecían tres cazadores ainus, con sus barbas y aspecto primitivo, si bien uno es portador de un arma de fuego, junto con una mujer, en la que se aprecia el característico tatuaje labial²³. En el texto,²⁴ se recogieron las informaciones de investigadores foráneos, principalmente rusos,²⁵ explicando su ubicación geográfica, desconocida procedencia, origen mitológico en la descendencia de un perro con una princesa japonesa, estimación de la población en unos 20.000 habitantes y su descripción física, acentuando la cuestión de sus aspecto peludo, en ellos, y sus tatuajes, en ellas. Asimismo, aunque de manera muy sucinta, se comentaron algunos aspectos de cultura, clasificada como primitiva. De su lengua se señaló su pobreza frente a «la civilizada de los japoneses», si bien «tienen el sentimiento musical muy desarrollado». De sus costumbres, se destacó el culto al oso y la ceremonia de su captura, cría y sacrificio. De su religión, se comentó su animismo y el gran número de dioses de la naturaleza o *kamui* que adoraban. En la moderna era Meiji, se tenía ya conciencia del peligro de extinción de esta cultura minoritaria y arcaica: «La existencia de aquellas tribus está amenazada por la civilización. Y como si tuvieran conciencia de la próxima pérdida de su libertad, los Ainos ya no aprecian la vida: son alegres y decididos, pero a la menor contrariedad se suicidan».²⁶

El reportaje más enjundioso e interesante de los publicados en nuestro

20. Secretario General de la Sociedad Geográfica de Madrid y académico de la Real Academia de Historia.

21. Eduardo Toda, *Nueva Geografía Universal: El Asia Oriental*, Madrid, El Progreso Editorial, 1890.

22. Eduardo Toda y Güell fue una de las figuras más importantes de la egiptología española de finales del siglo XIX, tema sobre el que publicó varias obras entre 1886 y 1889.

23. *Ibidem*, lámina sin numerar tras la p. 536.

24. *Ibidem*, pp. 698-704.

25. Leon Metchnikov, Voyikov, Pfizmaier, Lyman, Blakiston, Morskoi Sborni, Hildendorf, Kreitner, Rein, Wernich, Rimskiy-korsakov, Isabel Bird, Von Middendorf, Scheure, citados en orden de aparición.

26. *Ibidem*, p. 704.

país fue el de Enrique Savage Landor²⁷ sobre su visita a «Los ainos velludos del Japón»,²⁸ aparecido en octubre de 1892 en *La Ilustración Artística*. Este artículo debe ser valorado como uno de los estudios más interesantes y completos sobre el pueblo ainu publicados en España y, además, fue una adaptación anticipada del libro del autor sobre su viaje entre los velludos ainus, que publicó un año más tarde.²⁹ Landor fue un explorador que se trasladó con sus útiles de artista a Hokkaido en busca de «tipos» auténticos que no estuvieran en contacto con los japoneses. Según él mismo nos informa, pensaba invertir dos semanas en su expedición, pero las múltiples adversidades, la ausencia de carreteras y caminos y las penalidades varias que sufrió le llevaron a prolongar su periplo durante ciento cuarenta y seis días. Nuestro personaje comenzó su recorrido cerca Hakodate, en la bahía de Vulcano, pero desechó como modelos a los ainus que encontró y marchó hacia zonas aún no colonizadas por los japoneses en busca de poblados aislados en los que se mantuvieran más puras las costumbres y modos de vida ainus. Con este propósito, ya que los ainus habitaban en zonas costeras y junto a los ríos, dirigió sus pasos hacia los ríos Saru, Tokachi, Kutsaro e Itshikashi, lugares donde no había llegado el imperialismo nipón, y visitó los poblados de Yamakubiro y Frishiko-bets. Nuestro viajero estuvo además visitando a los ainus de las Kuriles, en Kanashiki y Etorufu, y los de Shikotan. Todos los poblados diferían muy poco entre sí salvo los de Shikotan, que correspondían a una rama distinta, denominada ainus kurilski, de los que sólo sobrevivían entonces unas setenta personas.

Landor describió las condiciones de vida de los ainus en términos de incomodidades, supersticiones y un profundo atraso, hasta el punto de compararlos con los monos. Muestra de ello son los comentarios sobre su llegada a Yamakubiro, un poblado aislado de los ainus. Escribió:

Aquellos habitantes eran mucho más velludos que todos cuantos había visto hasta entonces; las mujeres, casi del todo desnudas, se distinguían por su repugnante suciedad, y casi enloquecidas por los ataques de "abu", enorme insecto

27. Arnold Henry Savage Landor (1865-1924), nieto del célebre escritor Walter Savage Landor, ejemplifica la atractiva figura del explorador aventurero decimonónico, antropólogo, escritor y, también, ilustrador de sus propios libros, entre los que destacamos: *Alone with the Hairy Ainu* (1893), *Corea or Cho-sen* (1895), *In the Forbidden Land* (1898), *China and the Allies* (1901), *Across Coveted Lands* (1902), *The Gems of the East* (1904), *Tibet and Nepal painted and described* (1905), *The Living Races of Mankind* (1905), *Across Widest Africa* (1907), *Across Unknown South America* (1913), *Everywhere, the Memoirs of an Explorer* (1924) y *The Adventures of an Explorer* (1924).

28. E.S. Landor, «Los ainos velludos del Japón», *La Ilustración Artística*, año XI, nº 566, 31/10/1892, p. 710 y 711.

29. Arnold Henry Savage Landor, *Alone with the hairy Ainu or 3800 miles on a pack saddle in Yezo and a cruise to the Kurile Island*, Londres, J. Murray, 1893.

conocido allí con el nombre de "mosca caballo", así como por las picaduras de la "mosca negra", parecieronme una gran familia de monos...

...El vocabulario de los aínos es sumamente pobre. Aquellos naturales no tienen la menor idea de literatura, de libros ni de escritura, y apenas saben contar hasta cinco; de este modo es imposible saber la edad de cada individuo.

Desde luego este desamparado grado de desarrollo contrastaba enormemente con los japoneses, sobre todo en la higiene, la economía y el pensamiento:

Los aínos se distinguen por su repugnante suciedad; jamás se lavan, y en esto ofrecen singular contraste con sus vecinos los japoneses. Estos naturales viven exclusivamente de la caza y de la pesca, y según parece no profesan ninguna idea religiosa; pero manifiestan predilección por ciertos animales, como por ejemplo el oso en tierra y el salmón en el mar; las montañas, el agua, la luna y el sol son para esos indígenas las cosas más admirables; y cuando se entregan a sus libaciones derraman vino en honor del astro del día.

De gran interés etnográfico fueron las notas recogidas sobre el atuendo de los aínos, que carecían de una industria textil y se cubría con ropajes elaborados con las materias primas de su entorno: las pieles de osos y salmón y las cortezas de olmo. Se describe también la importancia del tatuaje facial en las mujeres, así como el uso en ambos sexos de pendientes, que en los lugares aislados eran simples pedazos de madera o tela, mientras que en las zonas cercanas a poblaciones colonizadas disponían de bisutería china y japonesa:

Los verdaderos aínos se visten con pieles y algunas prendas que confeccionan con la corteza del olmo; pero durante el invierno sólo utilizan las pieles del oso, y utilizan la piel del salmón para hacer una especie de albarcas y grandes botas. El jefe de un pueblo viste por lo general un poco mejor que sus subordinados, y lleva como distintivo en la cabeza, en las ocasiones solemnes, una especie de corona hecha con algas marinas. No se exige más que un valor a toda prueba, y su grado es hereditario.

Las mujeres aínas hacen uso del *tatuaje* para, la boca, los brazos y a veces la frente; mas el procedimiento es muy tosco, pues en vez de servirse de agujas impregnadas en jugo vegetal, emplean la punta de un cuchillo. Cuando la operación se hace en la boca, tiene como objeto formar como un bigote que llega hasta las orejas, donde termina en punta. Así hombres como mujeres usan grandes pendientes, y cuando no pueden obtenerlos los sustituyen con un pedazo de madera o de paño rojo. Aprecian mucho los abalorios. En la bahía de Volcano y en Piratogí (Sarugawa) las mujeres usan con frecuencia collares japoneses o de origen chino. Más allá del Tokachi no vi señales de esos artículos de importación, porque las indígenas de allí se adornan con pedazos de madera.

Las informaciones de Landor también nos aporta datos sobre aspectos poco conocidos de la cultura del pueblo ainu, como era el caso de su ar-

quitectura. Como puede uno imaginarse, los edificios de los ainus eran chozas muy sencillas y sin amueblar. Las maderas, cañas y hierbas del bosque constituían los materiales de construcción de unas viviendas pequeñas que se adaptaban al frío clima con una chimenea en el tejado y la ausencia de vanos. Independientes a las viviendas se construían en altura unas pequeñas despensas también muy elementales:

Las viviendas de los ainus tienen el tejadillo formado con hierba o largas cañas; en el interior no se ve más mobiliario que algunos tablones, y rara vez se encuentra nada que parezca un techo, ni tampoco una mísera esterilla; las únicas aberturas en las paredes se reducen a una puertecita y una pequeña puerta al Este, y en el techo se abre un agujero que hace las veces de chimenea: en algunas viviendas, se ve algo semejante a un pórtico. Sus depósitos de viveres están contruidos con pértigas, a suficiente altura para que los perros y los animales salvajes no puedan llevarse el pescado fresco y otros comestibles que se guardan para la estación fría.

La parte final de este reportaje fue un relación de los recursos económicos de Hokkaido. Entre ellos además de los productos pesqueros, como el salmón, los arenques, las sardinas y las algas, que son los único que explotaban hasta entonces los japoneses, cita también las esperanzadoras expectativas de la agricultura en cultivos de cereales y la riqueza de los yacimientos de azufre, carbón y petróleo.

El reportaje estaba ilustrado por tres xilografías de tres ainus, todos ellos muy peludos, de luengas barbas, nariz achatada y un aspecto desaseado. Entre ellas la que representa a un hombre casi desnudo, con un cuerpo cubierto de un denso vello, recogiendo algas, es la que produce una mayor sensación de atavismo. Otro grabado representa a un jefe, igualmente peludo, pero vestido con una especie de kimono y con una pipa. Recoger estas imágenes, como comenta el autor en el texto, resultó ser una toda una odisea debido a la creencia entre los ainus de que al ser retratados pueden perder la vida y extinguirse toda la caza y la pesca. Se nos cuenta, en apasionado relato, que en una ocasión, al ser sorprendido tomando unos apuntes al natural le tiraron sus pinturas al mar, rompieron los dibujos, un grupo de hombres le rodeó gritándole e, incluso, fue atacado con un cuchillo grande en un brazo.

Entre las fechas comprendidas entre la Guerra Sino-japonesa de 1894-95 y la Guerra Ruso-japonesa de 1904-05 hubo en todo Occidente un gran interés por el Imperio del Sol Naciente, tanto en sus logros modernizadores, como en el conocimiento cada vez más profundo de su realidad cultural. En nuestro país, junto a traducciones de autores extranjeros como Lafcadio Hearn, Pierre Loti o Andrés Bellessort, aparecieron algunos de los primeros libros de viaje de españoles, entre los que destacamos dos títulos importantes para el tema que nos ocupa, pues en ellos se hizo referencia al pueblo ainu. Nos referimos a *El Imperio del Sol Naciente: impre-*

siones de un viaje a Japón, de Juan Lucena de los Ríos,³⁰ publicado en torno a 1896, y a *En la Corte del Mikado. Bocetos japoneses*, del diplomático Francisco de Reynoso,³¹ publicado en 1904. En la primera obra, apareció un grabado de un «tipo ainu»,³² raza peyorativamente considerada como «una muestra rara y curiosa de las primitivas poblaciones del globo».³³ Juan Lucena de los Ríos, naturalmente, destacó este aspecto salvaje y peludo de los ainus: «El pelo y la barba gozan de tales honores entre ellos, que las mujeres se hacen un falso bigote tiñéndose el labio superior de un color azul, y que el más amable agasajo que se puede hacer allí a una madre es decirle que su hijo parece un oso».³⁴ El autor profundizó algo más en el tema, recogiendo el origen mitológico de los ainus en la leyenda que une a una princesa japonesa con un gran perro negro como progenitores de la primera pareja de ainus,³⁵ así como en algunas de las diferencias respecto a sus vecinos japoneses. Los ainus fueron presentados «en todo diferentes a los japoneses», «faltos de ilustración», primitivos y polígamos, aunque hospitalarios.³⁶ Por su parte, Francisco de Reynoso, cuya obra no contenía ilustraciones, hizo referencia a los ainus al comenzar la reseña histórica del Japón, como «un pueblo salvaje que aún vive en la Edad de Piedra»,³⁷ repitiendo también el mito de su origen legendario.

Aparte de estos libros mencionados, a comienzos del siglo XX hemos de destacar en nuestro recuento de noticias sobre los ainus la labor divulgativa de la revista de viajes *Alrededor del Mundo*,³⁸ una publicación excepcional por la cantidad e interés de reportajes sobre distintos aspectos de Japón y su cultura. Un documentado reportaje sobre el pueblo ainu, en el cual se difundieron aspectos específicos de la religión y costumbres de esta primitiva etnia, fue «El pueblo más antiguo del mundo: Los ainus y sus costumbres»³⁹ publicado por *Alrededor del Mundo* en 1903. El llama-

30. Juan Lucena de los Ríos, *El Imperio del Sol Naciente: Impresiones de un viaje a Japón*, Barcelona, Editorial Ramón Molina, c. 1896.

31. Francisco de Reynoso, *En la Corte del Mikado. Bocetos Japoneses*, Madrid, Imprenta Bailly-Bailliere, 1904.

32. Juan Lucena de los Ríos, pp. 197.

33. *Ibidem*, p. 181.

34. *Ibidem*, p. 181.

35. En este sentido, completando el contenido de esta leyenda nipona sobre el pueblo, hay que señalar que a señalar que «inu», es la palabra japonesa para designar «perro».

36. *Ibidem*, pp. 182.

37. Francisco de Reynoso, pp. 71.

38. La revista *Alrededor del Mundo* (1899-1839) fue fundada en 1899 por Manuel Alhama Montes, redactor de *El Imparcial* y *Heraldo de Madrid*, así como corresponsal de *Daily Mail*, quien solía utilizar el pseudónimo de «Wnderer», esto es, «viajero» en alemán. Desde 1910 su sucesor como director de la revista fue Manuel de Mendivil y, en los años veinte, Zoila Asasíbar. Se trata de una revista semanal, muy ilustrada, generalista, dedicada a variados reportajes internacionales, para lo cual, principalmente, adaptaba noticias y reportajes de otras publicaciones extranjeras.

39. *Alrededor del Mundo*, año V, nº 212, 26 de junio de 1903, pp. 411 y 412.

tivo título, sintetizaba las imagen que tanto japoneses como occidentales tenían de los ainus. En este artículo, como podemos leer, se asociaba a los ainus con los hombres del paleolítico y su aspecto, por el vello de ellos y los tatuajes faciales de ellas, era presentado de una manera peyorativa:

Lo primero que choca en estos hombres es que no se parecen a ninguna raza de las hoy existentes, y en cambio presentan todos los caracteres del hombre de la edad de piedra. De escasa estatura y tez morena, hombres y mujeres están cubiertos de un vello largo y espeso, que en la cabeza pasa a ser una abundantísima y larga melena, y en la cara de los varones una barba digna de un patriarca. Para estar más guapas, que buena falta les hace, las mujeres se tatúan alrededor de la boca un círculo azul o unos a manera de bigotes, que las desfigura no poco. Por añadidura envejecen muy pronto, llenándoseles el rostro de profundas arrugas; las viejas, sobre todo, son horribles.

Esta descripción del aspecto venía acompañada de dos fotografías de un ainu y dos mujeres que constataban lo dicho. Se expusieron también varios aspectos de la vida cotidiana de los ainus como su vestuario de fibras vegetales y pieles, sus poco ventiladas viviendas de madera y cañas, y su alimentación basada en la pesca y la caza. Pero el tema más interesante del que se hizo referencia fue el de sus creencias religiosas y, en concreto, el culto al oso, la manifestación religiosa más característica y más importante de los ainus. En el artículo encontramos un interesante dibujo japonés de la ceremonia y una minuciosa descripción del ritual del sacrificio de oso, que consiste en la captura y crianza de un osezo y su posterior inmolación:

Los ainos van a cazar osos a fines del invierno. Cuando alguno de los cazadores puede apoderarse de un osezo tiernecito, lo llevará a su casa para que su esposa lo críe, amamantándolo con la misma solicitud que si fuese hijo suyo. Más adelante, cuando el animalito ya puede comer solo, se le alimenta con pescado y se le encierra en una estrecha jaula de barrotes de madera lo bastante gruesos para que la fiera no pueda romperlos. El *kimni*, que así se llama el oso en el idioma del país, es tratado a cuerpo de rey, pero llega un día en que tiene fuerza suficiente para poder escaparse al menor descuido, y entonces es cuando su amo se decide a deificarlo mediante la «fiesta del oso». Esta ceremonia tiene siempre lugar en el otoño; como resulta bastante cara, en proporción a la riqueza de los ainos, por el consumo de *saké* que hacen los invitados, son pocos los que pueden obsequiar con ella a sus amigos.

El día de la fiesta, todos los asistentes se ponen lo mejorcito del baúl; el más anciano de todos, que suele ser el que preside el acto, lleva una especie de corona de corteza de parra, y algún vestido comprado a los ropavejeros japoneses, una bata como las que usan las cantadoras de las casas de té, por ejemplo, toda remendada y cubierta de manchas. Sentados alrededor de la jaula del oso,

se reza una plegaria y se hacen frecuentes libaciones de *saké*, dando también un poco al animal. Después de bailar en corro, el hombre más valiente de la reunión se encarama a lo alto de la jaula, levanta el techo, y echando un lazo al cuello del oso, saca a la fiera de su prisión, poco menos que arrastrando. Hombres y mujeres, grandes y chicos, cogen sus arcos, los tienden haciendo blanco en el dios de cuatro patas, y en pocos minutos cae acribillado a flechazos. Para rematarle, lo arrastran delante de la barrera sagrada y le colocan el cuello entre dos pesadas vigas horizontales; todos los hombres se sientan en la viga superior, los huesos crujen horriblemente... el pobre oso muere sin lanzar ni un gruñido.

Mientras las mujeres bailan, entonando una canción cuya letra censura la crueldad de los hombres, estos colocan el cadáver del osos sobre una estera y lo adornan con lazos y dijes. La fiesta termina tomando todos asiento de nuevo enfrente de su víctima, presentando al cadáver copas de *saké* y pasteles de arroz, y bebiendo de lo lindo, hasta que la mayor parte de los hombres ruedan borrachos sobre el suelo. El bello sexo continúa bailando, y entre tanto, el hombre que sacó al oso de la jaula sube al tejado de una casa y empieza a arrojar tortas de arroz a la multitud.

Al día siguiente, el cuerpo del oso es descuartizado, y el cráneo, relleno de viruta, va a aumentar el número de fetiches de la barrera sagrada. Todos los que asistieron a la fiesta deben consumir los sesos, disueltos en *saké*.

Las ceremonias son, como se ve, harto ridículas; pero no hay que reírse, pues fácil sería, dadas las afinidades de los ainos con el hombre de la edad de piedra y el número de cráneos de oso hallado en algunas cavernas europeas, que nuestros antepasados hubiesen dedicado también fiestas análogas a las fieras.

Finalmente, otra de las costumbre de los ainos de las que se habló detenidamente en «El pueblo más antiguo del mundo: Los ainos y sus costumbres», fue su curioso modo de casarse. Los sentimientos amorosos no son argumento para la formación de pareja, sino que es función de los padres y un casamentero, consistiendo la ceremonia en sí simplemente en una serie de banquetes y el cambio de domicilio de la novia a la cabaña del novio:

El modo de contraer matrimonio es tan sencillo como extraño. El hombre suele casarse a los diez y ocho años y la mujer a los diez y seis; la poligamia, aunque permitida, se encuentra raras veces. El novio nunca corteja directamente a la novia, ni se preocupa lo más mínimo de buscarse mujer; los padres son los que determinan con quién han de casarse sus hijos, y un amigo oficioso hace de intermediario y prepara el terreno. Cuando la cosa está ya arreglada, el novio envía a la casa de la novia, a quien tal vez no conoce siquiera, un copa de *saké*, la bebida nacional de Japón; ella responde a los pocos días con otra copita y un *inao*, bastón sagrado que parece ser representante de los dioses lares, y con esto se indica que la boda va a tener lugar al otro día; de manera que entre los ainos es la mujer la que, sin lugar a discusión, fija el momento de la ceremonia. Esta es bastante tonta: los vecinos, y la novia con sus padres, van a casa del futuro, y allí están de jolgorio hasta media noche; entonces se retiran todos, incluso la

prometida, y al otro día vienen de nuevo, repitiéndose la misma función por tres días, al cabo de los cuales el hombre ya es dueño de su mujer, y ambos se quedan a vivir en la casa de los padres de él.

Esta falta de ceremonias específicas para el matrimonio volvió a comentarse cuatro años más tarde en un artículo de la revista *Alrededor del Mundo* sobre los diversos «Modos raros de casarse»⁴⁰ en todo el mundo. Los lectores de la revista pudieron ver el aspecto de una novia ainu y conocer que «pueblos como los ainos no tienen ceremoniales especiales para las bodas, simplemente se compra la mujer». También al tema del matrimonio, junto a la siempre presente descripción física de este pueblo como «los hombres más vellosos de la tierra», apareció en un reportaje de 1909 publicado por *Nuevo Mundo* con el título «Costumbres de los ainos».⁴¹ En este caso se comentaba la capacidad de decisión de mujer en el casamiento:

Son bajos de estatura, de color blanco moreno, y los hombres más vellosos de la tierra. No sólo tienen espesas barbas que le llenan la mayor parte del rostro y que ellos dejan crecer largamente, sino que casi todo su cuerpo se halla más o menos cubierto por el sistema piloso. De esto se hallan tan orgullosos, que sus mujeres suplen la falta de pelo en la cara, figurándose bigotes y patillas por medio del tatuaje...

...Los *Ainos* tienen ideas y costumbres contradictorias acerca de la mujer. Por una parte consideran a ésta como un ser tan inferior, que los mismos dioses ignoran su existencia. Pero, por otro lado, en vez de ser el hombre el que elige a su esposa es, por el contrario, la mujer la que elige al hombre; a cambio de este favor, le exige un dote; y, por fin, se reserva el derecho de repudiar al marido cuando le plazca.

En 1911, los ainus volvieron a *Alrededor del Mundo* en «Postales de todas partes»,⁴² que incluyó una fotografía del estridente aspecto, según nuestros cánones, de una mujer ainu. Las mujeres ainas, según se comenta, «envejecen muy rápidamente» y «serían cuando jóvenes bastante agradadas si no tuvieran la fea y singular costumbre de pintarse sobre los labios una mancha negra o azul oscura en figura de bigote, con sus guías y todo».

Tal y como hemos comentado, las escasas relaciones directas entre España y Japón no propiciaron escenarios en los cuales se pudiera entrar en contacto con la cultura de los ainus. Sin embargo, en otros países como

40. *Alrededor del Mundo*, año IX, n° 397, 9 de enero de 1907, p. 22 y 23.

41. *Nuevo Mundo*, año XVI, n° 795, 1 de abril de 1909.

42. *Alrededor del Mundo*, año XIII, n° 632, 12 de junio de 1911, p. 25.

los Estados Unidos o Reino Unido, la organización de Exposiciones Internacionales con activa participación japonesa fue la ocasión para una presentación de los ainus a los espectadores occidentales. Algunas publicaciones recogieron esta exhibición de ainus, que viajaron desde su país a pabellones en los que se reconstruía su modo de vida. En la Exposición Universal de Barcelona de 1888 no hubo ainus. Sin embargo, posteriormente, encontramos a una familia de estos indígenas en la Exposición Universal de Saint Louis, en Estados Unidos, en el año 1904. El legado fotográfico y material forma parte de los fondos de la St. Louis Public Library y han sido utilizados en una reciente exposición. Ese mismo año, Prudencio Fernández Solares publicó en La Habana un estudio sobre la *Civilización del Japón* escrito fundamentalmente a partir de la participación japonesa en dicha Exposición.⁴³ En esta obra se reprodujo la fotografía «Ainos, supuestos ascendientes de los japoneses, en su taller» en la que aparecen varios hombres, mujeres y niños ainus desplazados a Saint Louis para participar como objeto de curiosidad de los visitantes.⁴⁴ La imagen primitiva de estas personas contrastaba sobremanera con la fotografía de los «Comisionados del Japón para la Exposición Universal de Saint Luis»,⁴⁵ cuyo elegante aspecto, sombrero de copa incluido, podía competir con cualquier dignatario norteamericano.

Seis años después que los americanos, los europeos tuvieron la ocasión de ver de cerca en otra Exposición internacional a los primitivos ainus, ya que la Exposición Anglo-japonesa celebrada en Londres en 1910 también contó con la atracción de un grupo de nativos. Los españoles que no viajaron a Londres, tuvieron noticia del acontecimiento gracias a los cronistas de las publicaciones periódicas destacados en la capital londinense. De este modo, A. Cabrera en su crónica para *Alrededor del Mundo*,⁴⁶ comentó la reconstrucción de un poblado ainu en el recinto de la Exposición y, por su parte, la revista *Nuevo Mundo* publicó una interesante fotografía sobre la llegada a Londres de este grupo de ainus, con el siguiente breve texto:

Japoneses que han llegado a Londres contratados para tomar parte en la próxima Exposición Anglo-japonesa que se verificará en breve en aquella capital. Algunas de las mujeres que figuran en el grupo son casadas y tienen las manos tatuadas como señal de su estado de matrimonio.

43. Prudencio Fernández Solares, *Civilización del Japón*, La Habana, La Propagandística, 1904.

44. *Ibidem*, ilustración sin paginar, tras la página 56.

45. *Ibidem*, ilustración sin paginar, tras la página 3.

46. A. Cabrera, «Japón en Europa. La Exposición japonesa de Londres», *Alrededor del Mundo*, año XII, n°590, 21 de septiembre de 1910, pp. 229 y 230.

Puede afirmarse que el interés despertado por Japón en Occidente durante el periodo Meiji (1868-1912), tuvo continuidad en el posterior periodo Taisho (1912-1926). En lo referente a la imagen de los ainus en España, podemos afirmar que nos encontramos ante el mismo escenario, con las revistas ilustradas como principal fuente de estudio. *Alrededor del Mundo* se destacó por la calidad y profusión de ilustraciones de sus informaciones, en las cuales el característico anonimato de los textos fue reemplazado por la firma de expertos internacionales.

Un grabado de un salvaje ainu, de aspecto ciertamente muy peludo, apareció como ilustración del artículo «El continente de Oceanía que se hundió en el mar»,⁴⁷ de C. Reginald Enock,⁴⁸ publicado en la revista mensual *Por Esos Mundos*. Otra ilustración de uno de «Los hombres más velludos»,⁴⁹ se publicó en 1918 por *Alrededor del Mundo*, en un breve artículo en el cual se insistía en su aspecto físico y su primitivismo cultural. Mucho más interesante fue el excelente artículo «Los japoneses que no lo parecen: Los ainos»,⁵⁰ basado en las investigaciones del misionero inglés y gran experto John Batchelor⁵¹ e ilustrado con ocho fotografías,⁵² en la revista *Alrededor del Mundo* en 1923. En el artículo se narra el origen de esta raza, limitada a 17.000 personas, y su devenir histórico:

Los aborígenes eran los ainos, de los que los únicos supervivientes son los 17.000 que todavía subsisten en el norte de las cuatro grandes islas -Yezo, o como dicen los japoneses, Hokkaido, donde todavía prosiguen su vida primitiva de caza y de pesca que los ha distinguido de sus conquistadores desde que comenzó la lucha, allá lejos, en el Sur, y que acabó con la subyugación final y gradual huida a su país actual. Tan solamente el siglo XVIII vio el fin de esta

47. *Por Esos Mundos*, año XVII, n° 254, marzo de 1916, p. 300-310.

48. Charles Reginald Enock (1868-1970) fue un viajero y antropólogo que dedicó su vida al estudio de las relaciones entre las tempranas civilizaciones asiáticas y americanas, tema sobre el que trata el artículo que recogemos. Sobre este tema, Enock publicó: *The secret of the Pacific: A discussion of the origin of the early civilisations*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1913.

49. *Alrededor del Mundo*, año XX, n° 1022, 30 de diciembre de 1918.

50. *Alrededor del Mundo*, año XXV, n° 1249, 26 de mayo de 1923.

51. John Batchelor (1854-1944) fue un misionero inglés que inició su obra en Honk Kong y se trasladó en 1876 a Hakodate en Hokkaido tabajando en la Church Missionary Society. En 1879 visitó el pueblo ainu de Piratori y comenzó el estudio de su lengua y sus costumbres. Hasta la II Guerra Mundial se dedicó al estudio de la cultura ainu, convirtiéndose en uno de los grandes especialistas, con obras tan ingentes como la edición de un diccionario y una gramática ainu. Entre sus libros no podemos dejar de destacar John Batchelor, *An Ainu-English-Japanese dictionary and grammar*, Tokio, 1889; *The Ainu of Japan: the religion, superstitions, and general history of the hairy aborigines of Japan*, Londres, 1892; y *The Ainu and their Folk-lore*, Londres, 1901.

52. Las fotografías a las que se hace alusión, y que completaron visualmente las informaciones sobre los ainus, consistieron en diversos tipos ainus de ambos sexos y edades y algunas escenas de la vida cotidiana como la molienda de arroz, la caza con arco y el transporte a caballo.

lucha, pudiendo rastrearse el paso de la retirada desde Satsuma, en el extremo Sur, hasta las orillas inhospitalarias de Kuriles, en el extremo norte, a través de numerosos nombres geográficos de origen aino.

Muy interesantes resultaron los comentarios a antiguas crónicas chinas que hacían referencia a los extraños antiguos pobladores del Japón:

Físicamente, el aino, de posible procedencia aria, es una raza más agradable que su japonés subyugador, diferenciándose de éste por un marcado contraste, a causa de la corpulencia y bellas facciones de sus hombres, cuyas abundantes barbas e hirsutas extremidades lo colocan entre los pueblos más velludos del mundo. Esta característica fue recalcada por un historiador chino que describe la visita de un embajador japonés en 670, quien hizo referencia a *una raza de velludos hombres que viven más allá de las montañas de su país* -es decir, hacia el norte de la gran isla de Honshu.

Otra misión anterior aún a la que acabamos de hacer mención, se hallaba integrada por un enviado aino, cuya barba, nos informan las crónicas del tiempo, eran de una longitud mayor de un metro, y cuya destreza en el manejo del arco era tan grande, que cuando la flecha era lanzada al aire, a cientos de pasos de distancia, siempre daba en el blanco sin marrar ni una.

La valoración que se hizo en este artículo sobre los ainus fue, siguiendo la tónica general de lo publicado hasta entonces, decididamente negativa. Podemos afirmar que se presentó a los ainus como un pueblo fundamentalmente primitivo, decadente y sucio:

Su vicio por excelencia es la borrachera, a la que, en parte, se debe su decadencia, y su tanto de culpa en este estado de cosas responde a sus dueños y señores mismos.

Las mujeres ainas ofrecen vivo contraste con sus hermanas japonesas. Extremadamente sucias, con el labio superior tatuado, carecen de feminismo, encanto que es una de las principales y típicas características de la mujer japonesa.

No deja de tener gracia y llamarnos la atención el intento, al finalizar el artículo, de aproximar el caso de los ainus a un ejemplo más cercano para lector español, recurriendo con este fin, ni más ni menos, que ¡al caso vasco!:

Es a esta raza primigenia del Japón, y sin embargo tan poco japonesa, a la que se refieren las fotografías que publicamos, dándonos gráficamente una fisonomía de ese pueblo aborigen, que, todas las salvedades consideradas, viene a ser algo así como la raza vasca entre nosotros- un pueblo ancestral, original, con su lengua propia y sus costumbres típicas que, en virtud de vicisitudes histórico-sociales que desconocemos aún, embarrancó en ese misterioso y encantador rincón cantábrico, en cuyos picachos hizo su solar, huyendo probablemente de pueblos invasores y avasalladores que, por fin, hicieron alto ante el inmenso castillo roquero que es toda la región vasca.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Afortunadamente nos encontramos en una coyuntura favorable a la defensa de la cultural tradicional ainu, cuya tradición literaria, musical y artística es mejor conocida y valorada. En este texto, hemos observado cómo fue la imagen del pueblo ainu proyectada en nuestro país en una cronología clave para la percepción de la civilización japonesa en Occidente, esto es, la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas de XX. El Imperio del Sol Naciente aparece como un digno sucesor de potencias occidentales por sus esfuerzos en lograr una modernización del país, mientras que los ainus fueron presentados como una minoría étnica primitiva, contrapunto de la superioridad nipona en grado de civilización. Esta alta consideración de la civilización japonesa, tanto por sus exóticas y admiradas costumbres tradicionales como por el nivel de modernización alcanzado, tuvo una valoración excepcional en la mentalidad colonialista occidental de la época, más aún cuando se consideran aspectos raciales, presentes en el pensamiento ideológico de la época. Paradójicamente, los japoneses, de raza amarilla, entraron con alfombra roja en el club de las potencias mundiales, siguiendo con paso firme la senda del progreso. A la vez, con aparentes rasgos caucásicos, los ainus, antiguos pobladores del Japón, representaban a la Humanidad en su estadio más salvaje y primitivo, con un aspecto físico, una cultura material y un sistema de creencias muy alejado del de sus vecinos inspiradores del elegante *Japonismo*.



Ilustración dibujada por Arnold Henry Savage Landor (1865-1924), que se publicó en el artículo «Los ainos velludos del Japón», *La Ilustración Artística*, año XI, nº 566, 31/10/1892, pp. 710 y 711, y en su libro *Alone with the hairy Ainu or 3800 miles on a pack saddle in Yezo and a cruise to the Kurile Island*, Londres, J. Murray, 1893, p. 274. La imagen representa a un ainu de aspecto peludo y salvaje, en la tarea de recolectar algas marinas.